

Marcos Eymar

## HENDAYA

 Siruela

Nuevos Tiempos

«¿Cómo cruzar la frontera cuando uno la lleva dentro?»

ADAM KOVACEVIC,  
*Contraespacios*

# I

De un momento a otro entrarán por esa puerta y empezarán a hacer preguntas. No sabes cuál será su aspecto, ni qué idioma hablarán, pero sí sabes que es demasiado tarde para intentar la huida. Has llegado al final del camino. El lugar en sí mismo no tiene nada de especial. Carteles de mujeres medio desnudas, suelos sucios, luz de fluorescentes: resulta exactamente tan triste como cualquier bar de carretera en plena madrugada. Y, sin embargo, no hay duda: es aquí donde termina la historia.

Serán dos, o tres; un grupo pequeño en todo caso. Avanzarán relajados, convencidos de tu sumisión, como una pandilla de amigos que se dispone a beber la última copa. No tendrán que buscar mucho: eres el único cliente del local. Quizás te equivoques, pero estás seguro de que no te llevarán con ellos en el acto. Con un gesto firme te harán acompañarlos a una mesa del fondo. Puede que incluso te inviten a otra ronda.

—Los hay con suerte y los hay como tú —dirán—. En cuanto salgamos contigo de aquí, vas a convertirte en el asesino más jodido de la Tierra. La verdad no importará un carajo;

pregúntaselo si no a los abogados y a los periodistas. Ahora, que si quieres contárnosla, adelante. Tenemos todavía un rato. A nosotros puede servirnos de algo y a ti, no sé. Dicen que a veces alivia quitársela de encima.

La verdad. ¿Por qué no? Llevabas años sin escuchar esa palabra. Mientras intentas olvidar el dolor en el hombro y pides otro brandy Veterano, te preguntas por dónde empezar el relato que ellos querrán oír. Te viene a la memoria una tarde de hace más o menos dos meses. Un veinte de octubre, por ejemplo. Un comienzo como cualquier otro. Un hombre de mediana edad, alopécico y con zapatos nuevos, arrastra una pesada maleta azul por la sala de los pasos perdidos de la Gare d'Austerlitz. Pasos perdidos. A pasos contados. ¿Los pasos también se pierden en español o solo se cuentan? No estás seguro, pero a ellos les traerá sin cuidado que no sepas hablar tu lengua materna. Querrán saber enseguida qué contiene la maleta. Y el protagonista de tu relato no lo sabe. Solo siente que le cuesta moverla, que el cuero del asa se hunde cada vez más en sus palmas sudorosas. Diría que pesa más que nunca, aunque se trata solo de una ilusión: todas las semanas le asalta la misma sospecha. El no saber qué hay dentro la vuelve más pesada.

Ellos insistirán. Tú dirás un dato que probablemente no será creído: el hombre la recogió minutos antes en un almacén del Quai de la Gare. La cita fue convenida por teléfono. Desde que empezó el trabajo, hace tres semanas, la entrega siempre ha sido en lugares diferentes. El sudamericano tatuado que se la dio era un perfecto desconocido y no intercambió con él ni una sola palabra. La maleta lleva un

candado, y aun de no llevarlo, él no la habría abierto: hace mucho que ha renunciado a la curiosidad.

Su misión, les explicarás, no es difícil. Se trata simplemente de pasar desapercibido, de convertirse en un viajero más de los cientos que llenan los andenes. Siempre se le ha dado bien ser insignificante, pero ahora que se ha vuelto un deber, tiene la impresión de que todo el mundo le observa. La quiosquera, los hombres de negocios y los niños le lanzan miradas furtivas, como si supieran de antemano que no es más que un actor. Y, sin embargo, no actúa. No del todo. Su tren sale a las siete y cuarto de la tarde, con una destinación —¿destinación o destino?— que gira a toda velocidad en el gran panel de salidas. ¿No es suficiente?

Los ojos en la estación le responden que no. Nervioso, decide refugiarse en el baño de los minusválidos. Siempre los ha preferido. Están más limpios, son más cómodos y espaciosos. Sentado en la taza del váter, lee las inscripciones obscenas de las paredes. *Bite, chatte, fils de pute*. Polla, coño, hijo de puta. Esas palabras le parecen cálidas, protectoras. No por nada son las primeras que se aprenden en un idioma. Hay también *mails* y números de teléfono acompañados de crudos ofrecimientos. ¿Cómo será la vida sexual de los minusválidos?

Ante ellos no podrás permitirte estas divagaciones. Al grano, advertirán, no tenemos todo el día. Por difícil que resulte, deberás ceñirte a los hechos. El hombre sale de los lavabos sin haberse lavado las manos ni mirado en el espejo. Bajo el gran techo de la estación vuelan repugnantes palomas, con destellos de mosca carroñera y patas convertidas en muñones por efecto de sus propias cagadas corrosivas.

Avanza por el andén donde se despiden los novios. Se mira en las ventanillas tintadas del tren-hotel Francisco de Goya y se imagina un agente secreto con más pelo y varios kilos de menos, borroso, casi interesante bajo el disfraz de paisano. Al llegar a la puerta de su coche, vuelve la vista atrás: nadie le sigue. Sus palmas son un puro mar de sudor cuando enseña el billete y el carné de identidad francés con ese nombre sin ñe en el que nunca ha creído: Jacques Munoz.

–Buen viaje –dice el revisor.

A pesar de que cada día procura reservar en un coche distinto, los empleados del tren han empezado a conocerle. En su tono de familiaridad intuye una amenaza. Mientras trata de hacer avanzar la maleta por el estrecho pasillo se topa con un gigante vestido de negro. Esa cabellera entrecana y esas enormes orejas ya las ha visto antes. El hecho aumenta su inquietud. Entra en el compartimento y, entre jadeos, intenta meter el maletón en el portaequipajes encima de las literas. Al fin consigue su objetivo, se restriega las manos contra el pantalón y bebe de la botellita de agua que la compañía ferroviaria regala a los viajeros. La maleta, en lo alto, parece haber engordado. Traga saliva y sale al pasillo. Mira a los dos lados. El gigante de negro ha desaparecido.

Algo más tranquilo, Jacques –así deberás llamarlo a lo largo de toda la historia, aunque ese nombre siga sonando falso en tu boca– vuelve a su asiento junto a la ventana y se pone a imaginar a sus compañeros de viaje. ¿Un parisino estudiante de flamenco? ¿Un cura rumbo a un congreso de teología? ¿Un ejecutivo con miedo a volar? Desde que el avión es más barato, el tren solo lo cogen los viejos y los

neuróticos. Está lamentándose una vez más de que los compartimentos no sean mixtos, cuando aparece por la puerta un joven melenudo con una camiseta negra y violeta.

Lo cierto es que tú ahora no recuerdas si esa noche el compañero de Jacques fue el músico *hippie* que quiso fumar un porro en el compartimento, o aquel viejo gagá que se pasó el trayecto hablando solo. Qué más daría. Qué más da. Con tanto viaje las caras acaban confundiéndose, como los tiempos verbales. A tus interrogadores les dará igual que sea uno u otro. No estaban ahí para saber si mientes. El joven saluda, sube la mochila, toma asiento enfrente. Se pone a ojear *Odisea*, la ilegible revista de Renfe, a buscar algo en sus bolsillos, resistiéndose en vano a la necesidad de romper el silencio.

Por megafonía anuncian la salida inminente del tren.

—¿Estamos solos? —pregunta al fin el joven.

—Se montarán luego —responde Jacques.

—¿Hace muchas paradas antes de Madrid?

—Blois, Poitiers, Hendaya, Vitoria, Burgos, Valladolid.

El desconocido le mira con curiosidad.

—¿Lo coge usted mucho?

—Bastante. Viajo todo el tiempo.

A lo largo de esos trayectos en tren Jacques ha sido corredor de bolsa, obrero, ajedrecista, agente de seguros. Empezó a inventarse vidas por precaución y luego, casi sin darse cuenta, por puro placer.

—Soy exterminador de palomas —dice.

El tren se pone en marcha con una breve sacudida, como si se hubiera desatado de la realidad con un gesto brusco. Por un instante parece dudar si emprender el viaje, y el

cuerpo se ve arrastrado al vértigo de su indecisión. Enseguida no hay ya vuelta atrás. Los letreros, los hangares, los postes, los aparcamientos y las fábricas se suceden a la misma velocidad que las palabras:

–Vengo de Berlín. Ahora voy a Madrid. En todas partes el mismo problema. Las ciudades no saben qué hacer. Las palomas ensucian todo, destruyen los monumentos. Mi empresa ha inventado un veneno muy eficaz. ¿Conoce usted la situación en España...?

No deberías tener miedo. Tu mano no debería temblar así al apurar el brandy. Jacques ha improvisado decenas de relatos para desconocidos. Lo mismo deberás hacer tú cuando tus interrogadores aparezcan por la puerta. Poco importa que entonces el tren se haya detenido desde hace tiempo en su estación de destino y que la historia que tengas que inventar sea la última, la tuya.